

JACINTO ARIAS

DESPUÉS DEL RUIDO

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

*A mi mujer, Patricia, por iluminar con su luz las oscuridades de mi vida.
Por ver quién era yo y mostrármelo.*

A mis padres, por educarme mediante el ejemplo, por ser brisa y abrigo.

*A mi abuela Encarna y a mi tío Tomás, el recuerdo de vuestras voces
me devuelve al verano de mi infancia.*

El vehículo avanzaba por el carril de entrada mientras el sol jugaba tímido entre los cipreses, proyectando sus sombras en la luna delantera. Él observaba cómo el recuerdo de su casa, que había guardado durante dos años y medio, quedaba desdibujado en apenas unos instantes. Buscó en el retrovisor el rostro del más pequeño de sus tres hijos, al cual encontró sentado en las rodillas de su suegra. Sin soltar el volante, le guiñó un ojo y el crío respondió burlón, arrugando la nariz y sacando la lengua.

Ya en la lonja, junto a la casería, la familia al completo enumeraba los desperfectos que la mano impasible del tiempo y la desvergonzada del humano habían ocasionado en su morada. Las malas hierbas poblaban los arriates, sobre los cantos rodados del suelo había crecido moho, la fachada tenía la cal bufada, y la madera del balcón y los alfeices necesitaban con urgencia una capa de barniz.

Comenzó a sudar y sentía cómo el calor se apoderaba de él. A pesar de que aquel mayo de 1939 estaba siendo sofocante, lo que en realidad le hervía la sangre era comprobar el butrón que algún desgraciado había hecho en una de las ventanas de la fachada principal. Al verlo tapado con unos tablones, pensó que la casa podía estar ocupada. Buscó el cruce de miradas con su esposa, pero esta lo ignoró. Entonces, con caminar decidido, fue a la puerta e introdujo la llave en la cerradura.

–Padre, tenga cuidado, a ver si van a seguir dentro –advirtió Emilio, su otro hijo.

–Ojalá... –contestó él antes de desaparecer.

Un silencio añejo fue interrumpido por el crujir del enorme portón, que, desperezándose y bostezando, dejó entrar al único descendiente de la acomodada familia Lombardo. Dio un par de pasos en alerta, afinando el oído por si escuchaba a alguien en el interior. Miró sobre su hombro y vio a los suyos a través de la abertura de la puerta. Todos examinaban sus movimientos con temerosa curiosidad. Se sintió más confiado y sacó la mano del bolsillo, dejando de sentir el frío tacto de la navaja. Allí no había nadie.

Comenzó a inspeccionar el que era su hogar desde niño, el mismo que heredó a la muerte de su padre y desde el que dirigía su pequeño imperio. Había polvo en suspensión y una fina capa depositada sobre un zapatero y el espejo. Avanzaba con firmeza y sus pisadas eran imitadas por el eco. En el zaguán no encontró grandes desperfectos, de modo que se encaminó al comedor.

Una vez dentro, movió con celeridad los ojos, escrutando rincones y objetos. No tardó demasiado en apreciar que los asaltantes allí sí se habían entretenido. A simple vista, se hacía evidente la ausencia de una de las doce sillas que reposaban junto al gran mesón de madera. Se acercó a la chimenea y, de cuclillas frente a esta, comprobó que la ceniza y los cascarrones grises, que en otro momento habían sido cándidas ascuas, ahora estaban fríos. Sin demorarse más, y con un presagio en las tripas, fue hasta su despacho. Se plantó en el umbral y negó mientras observaba los destrozos; habían mellado la vitrina, astillado el escritorio a base de golpes y volcado una estantería, desparramando por el suelo cuadernos contables, libros de agricultura y rollos con mapas locales. Miró hacia la pared y, a borbotones, escupió una sarta de insultos:

–¡Malnacidos hijos de perra! ¡Me cago en la madre que los fue a parir y en su puta carabela!

–¿Se encuentra bien, padre? –escuchó instantes después.

La pieza se oscureció. De manera instintiva, giró la cabeza y vio el rostro de su hija asomar por el hueco de las tablas que tapaban la ventana. Aquella era la habitación por la que los ladrones habían accedido al interior de la casa.

–Ten cuidado, no te vayas a cortar.

–¿Podemos entrar? –preguntó la joven mientras ojeaba el suelo del despacho.

–Sí, pero no subáis arriba hasta que lo haga yo.

Su hija desapareció y la claridad regresó a la estancia. Volvió a clavar la vista en la pared. Colgado frente a él lucía un trofeo de caza: un ciervo albino. Este era, sin duda, uno de los objetos de mayor valor sentimental dentro de la casería.

“Mira lo que han hecho... Hay que tener mala sangre para hacer algo así...”, pensó, tratando de tranquilizarse mediante sonoras aspiraciones nasales.

Descolgó la cabeza, poniendo cuidado en no darse con la cornamenta. El níveo pelaje del animal estaba manchado. Por un instante creyó que era barro, pero no tardó en percatarse de que se trataba de mierda humana.

Volvió al zaguán mientras hacía crujir sus dedos. Era un gesto manido al que acudía desde la inconsciencia y que solía anticipar un ataque de ira. Los demás habían comenzado a investigar por su cuenta. Él subió las escaleras y, uno a uno, se fue cerciorando de que todos los dormitorios estuvieran desocupados. Seguro de esto, regresó a la primera planta. Candelita, su mujer, lo esperaba en la meseta acompañada de su hija.

–No hay nadie –dijo con cierto orgullo en la voz.

–¿Y quién iba a haber? –contestó su esposa con aquel tono que tanto le molestaba. Añadió–: ¿Has visto lo que han hecho en el salón?

–Sí, han robado una silla...

–¿Sólo eso? Se han llevado los tapetes, un candelabro y me han faltado al respeto. Ven conmigo.

–¿Que te han qué...? –preguntó confuso mientras se cruzaba con Magdalena.

–¡Voy arriba!

Miró a la muchacha y asintió con brevedad. Después caminó en pos de su mujer, que desaparecía ya por la puerta. Una vez en el interior, le mostró un retrato de pared. En él aparecía elegantemente ataviada con un vestido negro. Llevaba el cabello suelto, que le acariciaba los hombros. En las orejas, resplandecían dos lucecitas blancas. Eran unos pendientes de perlas que hacían juego con el collar. Alguno de aquellos bastardos le había hecho un agujero en la boca e introducido un cigarrillo. Junto al cuadro, se tomaron la molestia de realizar una pintada con tizne en la que se leía:

*Candela, quítame este frío,
dame dulce néctar de tu señorío.
Que hasta la mujer más pintá
calma sus picores en la madrugá.*

Apretó los dientes, y la mandíbula se le tensó bajo la piel rasurada. Ayudándose con el dorso de una mano, hizo un borrón de la falta. Después retiró el cigarro y observó el retrato con disimulo. En esa instantánea, tomada hacía ya más de una década, estaba radiante. Podía reconocer en aquellos ojos negros a la joven de la que se enamoró.

Se giró y descubrió el rostro serio de Candela, que lo miraba como a un niño que hubiera hecho una trastada. Suspiró, y no le había dado tiempo a marcharse del salón cuando escuchó de nuevo aquel irritante tono:

–¿Es que no piensas decir nada?

–No hay nada que decir –contestó, dejando allí a su mujer.

Atravesó el zaguán de lado a lado y enfiló unas escaleras que daban al sótano. Se detuvo en el segundo peldaño con los dedos aún en el interruptor, moviendo en repetidas ocasiones la palanca sin que nada sucediera. La oscuridad que ascendía parecía corpórea. Masculló y fue hasta el cuadro eléctrico, instalado en el exterior.

Poco después ya se encontraba en la bodega, constituida por un extenso pasillo en forma de U. El techo era abovedado y tenía una altura de dos metros, aunque descendía en algunas zonas debido a lo irregular de la construcción. Él sobrepasaba el uno ochenta y, con la lección aprendida por haberse golpeado la cabeza en más de una ocasión, avanzaba agachado. Pasados unos minutos, se bajó las mangas de la camisa. La temperatura allí caía hasta los seis o siete grados.

Mientras recorría la estancia, notaba cómo las botas se le amarraban al suelo, que estaba pegajoso y había adquirido un color carmesí. Se lamentaba en murmullos, sabedor de que sus peores sospechas se habían hecho realidad. Además de destrozar mobiliario, de faltar a la imagen de su esposa y de defecar sobre el ciervo, robaron todo el vino que tenía embotellado. Algunas de las reservas maduraron durante décadas, desde los tiempos en los que su padre decidió levantar las viñas. No satisfechos con ello, procuraron rudimentarios agujeros a las barricas, vertiendo su valioso contenido por el suelo y provocando incalculables daños en la economía de la casería.

Se dejó caer en una silla y esta cedió hacia atrás. Estuvo cerca de volcar, lo cual hizo que aumentara su enfado. Entre pensamientos y resoplidos, con la mirada perdida y una mano soportando el peso de la cabeza, regresó al día en que tuvieron que huir a Sevilla. La guerra había estallado un par de meses

antes. De pensamientos opuestos a la República, celebró la sublevación. “Vuelven los buenos tiempos...”, solía decir durante las primeras semanas a sus más allegados. Jamás hubiera podido imaginar que se vería obligado a abandonar sus terrenos como un vulgar ladrón. No conseguía olvidar que huyeron de noche, cogiendo sólo lo preciso y evitando decirles a Candela y a los niños el verdadero motivo de su partida.

–Allí estaremos más seguros –mintió durante la cena para no preocuparlos.

Pocas horas antes de su marcha, en el ocaso de aquella tarde remota, llegó a la casería un campesino del pueblo. Se llamaba Miguel y era, con rotundidad, su empleado más leal.

–¡Don Ramón! ¡Don Lombardo! –gritaba mientras corría por el camino de los cipreses. Él permanecía sentado, revisando anotaciones en un cuaderno. Una vez en la lonja, le soltó la noticia–: Anoche asaltaron la finca de los Bermejo. No han dejado ni uno con vida.

Sin decir nada más, se dirigió a la puerta. Ella no reaccionó, tan sólo se quedó allí parada, observando cómo se alejaba con aquella forma tan propia de caminar a zancadas. Incluso después de haber desaparecido, pudo escuchar el rechinar de sus botas. Volvió a mirar el retrato, ahora vilipendiado por unos malhechores, y se lamentó de no haberlo llevado consigo a Sevilla. Tenía cuatro o cinco fotografías más, pero ninguna capturaba su esencia como lo hacía esa. Desvió la vista apenas unos centímetros y escrutó el borrón de la pared. Su nombre aún era legible entre la maraña de letras difuminadas. Se le aceleró la respiración y notó la boca seca; de repente no era capaz de tragar ni una gota de saliva. Los ladrones, quienes fueran, la conocían.

Salió al zaguán y fue hasta el portón de entrada.

–¿No pasa, madre? Le va a dar algo ahí fuera.

La anciana no contestó; de hecho, apenas la miró de soslayo antes de volver a entrecerrar los ojos. Se giró y tomó camino de las escaleras mientras farfullaba para sus adentros: “Menuda es, vaya viajecito ha dado. Sin decir ni mu. Y venga: ¿madre, necesita usted orinar? ¿Quiere que paremos a descansar? ¿Va mareada? Y ella que nada, que ni una sola palabra. Y el otro que no pregunte más. Que mejor hacer el trayecto de una vez. Desde Sevilla... Ya me dirás la necesidad. Que porque el niño se ha quedado frito más de medio recorrido, si no, imagínate...”.

Al alcanzar la meseta superior, observó en el polvo acumulado durante años una confusión de ir y venir de huellas que acababan muriendo en los umbrales de las habitaciones. Las dos primeras puertas a las que se enfrentó estaban cerradas. A la derecha se situaba la de Emilio, de la que escapaba el rasgueo mudo de una guitarra. Aquello la hizo sonreír. A su izquierda, se encontraba la de su hija, de la que no emanaba más que un silencio imperativo. Por un momento dudó en interrumpir la calma, pero desechó la idea. Era probable que, tras el tedioso viaje, Magdalena estuviese descansando. Continuó caminando y al final del pasillo giró sobre sí. Suspiró al agarrar el pomo de la última puerta y pudo sentir el tacto frío del metal ajustándose a su mano.

Entró y no logró sostener el llanto. El dormitorio estaba tal y como lo dejaron en la huida. Respiró profundo con la nariz, intentando recoger todos los olores que tanto había extrañado en la ausencia. Por desgracia, no quedaba rastro del aroma a jabón casero con el que lavaban colchas y sábanas, tampoco del de las flores recién cortadas que decoraban los jarrones, ni mucho menos el de sus perfumes. Ahora sólo podía apreciar aquella mezcla densa que consiguen el polvo y la humedad. Intentó forzar los pestillos del balcón, pero le fue imposible

moverlos, de modo que corrió las cortinas y abrió la ventana. El sol le emborronó la mirada, llena de lágrimas. Se frotó con el dorso de la mano y escuchó la voz de Chechu. Asomándose, lo vio en la lonja hablando con su abuela. “Cuánto ha crecido”, pensó de súbito, como si los dos años y medio que habían pasado en Sevilla nunca hubieran existido, como si ahora, de vuelta al hogar, se pudiera olvidar todo... ¡Pero vaya si habían existido... y vaya si sería difícil olvidar tanto!

Tomó asiento en la cama y, estirándose, cerró con el pie. Ya en completa soledad, se tumbó boca arriba. Abrió los brazos y las piernas hasta donde le permitía la falda. Miró la lámpara del techo y rememoró, sin proponérselo, las largas noches en casa ajena. Las incontables madrugadas en vela esperando a que Ramón volviera de sus escarceos, de sus continuas faltas de respeto.

No es que antes de marcharse a Sevilla aquellos comportamientos no existieran, pero no en tal cantidad ni frecuencia. Y tonta de ella, llorando de pura rabia contra un cojín para que no la escuchasen los niños, o haciéndolo asustada en el retrete para silenciar sus ahogos. Porque... ¿quién le aseguraba que con tanto malnacido amamantado por la guerra, con tanto canalla suelto, no pillarían a su marido por banda? ¿Cómo podía estar segura de que no le darían un paseo? Le aterrorizaba pensarlo... Luego el ruido de la llave se colaba en la frágil oscuridad, y el miedo no sólo no se iba, sino que se acentuaba. Lo hacía hasta estremecerla, cogiendo al pequeño Chechu y preparándose para vete tú a saber qué... Después las pisadas; las lentas y sonoras pisadas que le decían que no ocurriría nada, que era Ramón. La escena se repetía varias veces a la semana. Entonces el temor mutaba a furia, a un coraje profundo que no podía expresar más que enmudeciendo como forma de castigo. Aquellas eran sus armas: el desdén y el silencio.

“Ni siquiera ha podido perdonar la última noche. Quién sabe de cuántas habrá tenido que despedirse. ¡El muy sinvergüenza! Casi a las tres de la madrugada llegó... Y yo deseando que esta mañana se durmiera. Deseando poder cobrarme, aunque sea, el gusto de verlo enfadado por salir tarde. Pero nada... A las siete ya estaba en pie. Y más fresco que una rosa”.

Se levantó airada por el recuerdo. Puso las manos sobre la coqueta y se miró al espejo. Tenía el pelo sudado y, a pesar de llevarlo recogido con horquillas, varios mechones se habían liberado, cayéndole sobre el rostro. Se fijó en las sienes; unas hebras plateadas le decían que ya no era una muchacha. Las arrugas en los pómulos y en la frente le hicieron apartar la vista con desprecio. Abrió el primero de los cuatro cajones con los que contaba el aparador. Para su asombro, lo encontró vacío. Miró en el segundo y, con movimientos nerviosos y torpes, consiguió deslizar el tercero. Así, uno tras otro, y en repetidas ocasiones, hasta convencerse de que le habían robado toda la ropa.

Levantó la cabeza y volvió a fijarse en su reflejo mientras escuchaba cómo un ruido se acercaba:

–Menudos hijos de puta. –Ramón irrumpió furioso en el cuarto–. ¡Perros comunistas! Esto es lo que querían para España. Lo mío de todos, y lo suyo, suyo. Pero..., acuérdate de mis palabras, van a llorar sangre. Y si no, al tiempo.

–Se han llevado mi ropa. Incluso la interior... –dijo ella dándole la espalda y dejando morir las palabras en el aire.

–¿Sabes lo que han hecho? Han robado la cubertería de mi padre. ¡La de plata! Ni siquiera puedo hacerme una idea de su precio al peso... ¡Han ido a hacer daño! ¡Se han cagado encima del ciervo! Lo han hecho todo añicos. El despacho tiene las vidrieras rotas; la cocina, las puertas arrancadas... Han saqueado la bodega... ¡Desgraciados de mierda! Una cosa te digo, a estos los voy a apalea yo personalmente.

Ramón se dirigió al balcón y de un golpe seco corrió los pasadores, que se quejaron con un sonido ronco.

–¿Has escuchado lo que te he dicho? –preguntó de nuevo, girándose hacia su marido y mirándolo con el semblante serio. Este se dio la vuelta y, con las manos apoyadas en la barandilla, sacó medio cuerpo afuera–. Te digo que se han llevado todas las prendas que dejé. Los vestidos, las faldas, la ropa interior... Tengo lo puesto y lo poquito que traigo del viaje. Me han robado hasta el camisón del ajuar, Ramón.

–Bueno, tranquila. Le diré a Luis que compre de todo en Sevilla para cuando nos reunamos...

–Pero ¿tú...? –Dio media vuelta y guardó silencio unos instantes mientras dudaba entre la apatía o la rabia. Al final se decantó por la segunda. Lo miró entornando los ojos contra el espejo–. ¿Le vas a decir a tu primo que me compre vestidos, medias y bragas? ¿No te das cuenta de lo que dices? ¡Olvídate ya de tu primo!

–¡Pues iremos a Jaén a finales de semana! ¡Para de buscar problemas, coño! Bastante follón tenemos hoy... –Volvió a presenciar cómo se escabullía de la conversación. Mientras se marchaba del dormitorio, maldecía–: ¡Ahora vamos a preocuparnos de un camisón y cuatro trapos! ¡Que han robado todo! ¡No queda nada de lo que mi padre dejó! ¿¡Es que no me has oído!?! ¡La plata, maldita sea!

De nuevo ella se quedó allí, sintiéndose desprotegida y desnuda frente a los cajones vacíos. Sus ojos se escrutaron a sí mismos. Parecían dos sombras tristes y sin brillo. Apoyó los brazos en la coqueta y suspiró, dejando salir la opresión. La voz de su marido se diluía escaleras abajo hasta que se convirtió en un rumor.

Instantes después entró Chechu. Masticaba un regaliz y sonreía con aquella cara oronda y blanquecina. Lo hacía ajeno a todo, descubriendo con curiosidad un mundo nuevo. Casi

la mitad de sus seis años los había pasado fuera de la casería. Lo abrazó en cuanto el pequeño estuvo a su altura y se olvidó de Ramón, de los ladrones y del olor a polvo y humedad.

Se cruzó con su padre en el rellano. Bajaba con el rostro sudado y haciendo crujir los escalones a cada pisada.

–¡Voy para arriba! –advirtió ella.

Él se limitó a mover la cabeza en señal de aprobación.

Dejó atrás a su padre y a su madre, que protestaba por algo que había sucedido en el salón. Una vez coronada la segunda planta, entró en su habitación, la cual encontró abierta. Cerró los párpados y los fue abriendo despacio, intentando sorber de a poco la impresión del reencuentro. Se desplazó hasta la ventana y buscó a tientas las hojas de madera. Cuando sintió el áspero tacto, tiró de ellas y dejó entrar la claridad del día.

Miraba a su alrededor una y otra vez, pero no conseguía reconocerse en aquella decoración. Sobre el cabecero de la cama había una virgen con las manos en rezo. Por su rostro compungido se derramaban unas lágrimas que daban a la figura, de unos veinte centímetros, aspecto de mártir. Descansaba sobre un pequeño pedestal que, a su vez, estaba anclado a la pared mediante dos puntas de cabeza gruesa. Cambió de objetivo y se detuvo en la estantería, desde la cual la observaban cuatro muñecas de ojos muertos y tez porcelánica. Fueron un regalo de comunión de su abuela. Durante años se erigieron compañeras de juegos y mudas confidentes en momentos de alegría y tristeza; pero ahora, con la mayoría de edad sobrepasada, sólo evocaban recuerdos de una época lejana.

Estaba convencida de que el tiempo transcurrido en Sevilla la había hecho madurar rápido. Dejó de pelear con

su hermano, a pesar de que le seguía resultando tan necio como siempre. Tampoco protestaba a su madre, y no sería por ausencia de motivos para hacerlo. Esta intentaba controlarla en cada una de sus acciones, decretando órdenes morales bajo una cortina translúcida de opiniones inocentes. Los años no sólo habían transformado su actitud, sino también sus aficiones. Ya no pintaba cuartillas a carboncillo ni ensayaba pasos de sevillana. Ahora, por el contrario, disfrutaba de una sensación de importancia cuando hablaba de sumas de dinero, debatía acerca de política o discutía por religión. Entre todas estas transformaciones, existía una cuya evidencia era mayor. Todo había cambiado o, al menos, la forma en la que ella lo veía. El último ejemplo estaba en aquella habitación, pero no era el único. Cuando observaba a sus padres, ya no lograba admirarlos de la misma forma que hiciera en su niñez. Durante muchos años fueron dos gigantes que la protegían a ella y a sus hermanos, dos paraguas bajo la tempestad confusa que envuelve la infancia. Sin embargo, desde hacía no demasiado tiempo, sólo podía verlos como personas llenas de imperfecciones; un matrimonio infeliz, compuesto por una mujer silenciosa y un hombre ruidoso.

Se tumbó en la cama, cuya colcha era de un rosa pálido, motivo de más para convencerse de que había que cambiarlo todo. Desde allí miró a través del marco de la ventana. Las nubes recorrían el pequeño rectángulo azul como si una mano celestial tirase de ellas. A veces podía definir diminutos contornos negros que no debían ser sino aves rapaces. Había un murmullo en el interior de la casa, una amalgama de pasos, golpes y conversaciones distantes e ininteligibles. Toda aquella desordenada armonía le sirvió de puerta para introducirse en un sueño profundo.

Los gritos en la habitación de al lado la desvelaron. Los pasos de Ramón terminaron por despertarla.

–¡... cuatro trapos! ¡Que han robado todo! ¡No queda nada de lo que mi padre dejó! ¿¡Es que no me has oído!? ¡La plata, maldita sea!

Escuchó a su padre bajando las escaleras, y en su retahíla malhumorada hubo un cambio de tono. A continuación, y aún desde la cama, advirtió las pisadas ágiles y livianas de Chechu recorrer el pasillo.

Vencida la pereza, se levantó y, mientras se estiraba, caminó hacia la ventana. Perdió la mirada en el horizonte, donde los olivares de la familia se extendían hasta las faldas del Aznaitín, que comenzaba a erguirse imperioso, como la enorme montaña que era. Con un simple parpadeo, recogió la vista y la depositó sobre su abuela, que estaba de pie en la parte trasera de la casa, observando las huertas. “Qué pequeña parece desde aquí... Quizá ella pueda darme alguna idea de qué hacer con el cuarto. Qué poner en lugar de la Virgen y los retratos a carboncillo... Aunque siempre le han gustado esos pésimos dibujos. Y seguro que quiere que conserve las horribles muñecas... Fueron regalo suyo al fin y al cabo...”.

Continuó pensando sobre estos asuntos al salir de la habitación y aún al descender por las escaleras. Tenía intención de hablar con ella, pero cuando llegó al lugar, no había nadie. Aunque se asomó por ambos costados de la casa, no vio la figura renqueante de la anciana. El calor era tan sofocante que decidió buscarla en el interior. De nuevo en el zaguán, se cruzó con Emilio:

–¿Te han robado algo? –preguntó su hermano. Sin esperar a la respuesta, continuó–: A mí nada... La guitarra estaba donde la dejé. Menuda suerte.

–Sí, menuda suerte –contestó con retintín–. Padre también se alegrará mucho con la noticia. Es más, estoy segura de que si te la hubieran robado, te habría comprado un par nuevas.

–¿Te crees muy graciosa? –Emilio se dio la vuelta con brusquedad y, al subir el primer escalón, la miró–: ¿Sabes qué otra cosa no han robado?

–Sorpréndeme.

–Tu estupidez.

Ella reía mientras los pies de su hermano desaparecían escalera arriba. Aquello de que ya no peleaba con él no era un dogma, sino que, a veces, existían esta clase de intercambios verbales que no terminaban más que en retiradas inocuas. Reanudó la búsqueda de la anciana. Echó un vistazo a la cocina y la halló destrozada. Habían arrancado puertas y sacado todos los cajones, dejándolos aporreados sobre el suelo.

Después se dirigió al invernadero. “¡Abuela!”, voceó, pero no tuvo suerte. Miró cada esquina y hueco del lugar. Sin duda, era la parte de la casería que más había sufrido la ausencia de la familia. Las flores yacían muertas sobre los maceteros. En otros recipientes no quedaba ni el más mínimo rastro de tallo o flor. Caminó entre las dos largas mesas que servían de soporte para aquel cementerio primaveral. Los rosales del fondo habían padecido la misma muerte lenta y olvidada del resto de las plantas. Todos salvo uno, que lucía con orgullosa vitalidad un racimo de rosas blancas. Estas constituían la única nota cromática del lugar. Trepó la pared acristalada con la mirada y más tarde la deslizó por el techo del mismo material. Encontró un agujero e imaginó que los vándalos habían intentado entrar por allí antes de decidirse a cortar los barrotes de la ventana del despacho. En cualquier caso, aquella fechoría no había hecho sino salvar la vida del afortunado rosal, pues la lluvia podía colarse por la abertura.

Acercó la cara a una rosa y la olió. Notó cierto aroma, pero casi imperceptible. A diferencia de su madre, no encontraba

gracia alguna en olfatearlo todo. “Mira cómo huele este perfume, hija... Toma esta mata de romero, ¿no te transporta al monte...? Pellizca un poco de jabón, las manos te olerán el resto del día... ¿Y quién diantres quiere que las manos le huelan a sosa y aceite? Por no hablar del tacto seco que se le queda luego a una. Madre siempre anda con esas memeces. Y lo hace por controlar, parece no darse cuenta de que ya no soy una chiquilla. Ni tampoco Emilio, por más que en ocasiones se comporte como si lo fuera. Además, ella ya tiene a su Jesús... Que cargue sobre él su aburrimiento vital. Y padre tres cuartos de lo mismo, que no pierde ocasión para alabarlo mediante comparaciones crueles. ¿Quién lo iba a decir, con lo severo que ha sido con nosotros? ¡Ay, Dios!”

Mientras Ramón entraba, el resto de la familia se quedó fuera. Ella, apoyada en el bastón, observaba cómo la parra que cubría la lonja se había asilvestrado hasta derramarse por un costado.

—La chisma habrá que cortarla. Ya está rozando el suelo —advirtió a los demás mientras su yerno inspeccionaba la casa.

Aunque la miraron, ninguno se dignó a contestar. Aguardaban con la respiración contenida, esperando que de un momento a otro Ramón saliese de la casa apuñalado o con la cabeza de uno de los ladrones como trofeo. “No hay nadie dentro. Parece mentira. ¿Qué malandrín se colaría y seguiría esperando a que llegásemos? No hay nadie, y estoy segura de que se han llevado todo aquello que brillase. Ni siquiera ha sido hace poco. ¿Es que no ven que hay polvo sobre los barrotes del suelo?”

Caminó a tres piernas hasta uno de los bancos de azulejos que limitaban el espacio. Tomó asiento y se acomodó,

notando inmediatamente el descanso en la espalda. Durante todo el viaje había sufrido náuseas. Los dos sinvergüenzas que tenía por nietos la habían dejado en el centro, y en cada curva notaba como si el estómago intentara escapársele por la boca. Y todavía tenía que agradecer las prisas con las que salieron, que apenas si pudo vestirse y peinarse. Un café manchado y dos bizcotelas hubo desayunado con tanta urgencia que engullía en lugar de masticar, hasta el punto que parecía comida robada.

Se dedicó a observar la escena desde un segundo plano. No dijo una sola palabra, pero no callaba en su fuero interno: “Vaya teatro está haciendo este yerno mío. Será para enmendar la que lio anoche. ¡Qué horas! ¡Y hoy con unas prisas del demonio! Si es que... Menudo tarambana... Y la otra que no se entera o no quiere darse por aludida. Como se han torcido los tiempos... Si mi Chamorro viera lo que tengo yo que soportar... ¡Virgen de la Morenita!”

Poco a poco, los integrantes de la familia fueron entrando. Ella permaneció allí. Sabía que lo importante se encontraba alrededor de la casa y no en su interior. El único que se quedó a su lado fue Chechu. El niño cogía pequeñas piedras del suelo y se las mostraba. “¡Anda, qué bonita! ¡Mira esta, colorada! ¡No, Jesús, no se chupan!”, exclamaba ella. Después, el crío le traía florecillas y caracoles muertos. En esos juegos se le pasó un buen rato. Por un lado, escuchaba los murmullos de conversaciones que escapaban de las ventanas y puertas, y por otro, vigilaba que el pequeño traste no hiciese una de las suyas.

Después de un tiempo, se asomó su hija y le dijo que pasara dentro, que hacía bastante calor. Ella la ignoró adrede, pero el niño sí hizo caso de la advertencia. “Ahora toma consciencia de su madre... Más de media hora llevaré aquí sola y no ha tenido la decencia de preocuparse por una.

¡Cría cuervos...! ¡Cría cuervos...! Todo el viaje en el centro, con el chiquillo encima. Con lo que pesa, que es igual de ceporrón que el padre. Y la otra nada, como si no tuviese madre. Ni hijo, porque bien que podría haberlo llevado encima un ratito, pero, claro, no se iba a ensuciar la ropa. Verás el día que le falte... Ya vendrán los llantos. Que se la trata a una aquí como un mueble viejo... ¡No! Como a un geranio, puesta al sol. Y ahora..., cuando se ha acordado de que tiene una madre...”

Se levantó entre rumiaciones y estiró la espalda. Cada día que pasaba parecía dolerle más. Rodeó la fachada principal y observó el basto terreno. A la derecha, la viña libraba una batalla con las malas hierbas, enfrentamiento que daba la impresión de ir perdiendo. Las veredas se difuminaban con ortigas, cardos y demás maleza. Sonriendo con malicia, pensó en la cara que hubiese puesto su consuegro al ver los viñedos con aquella pinta.

Más al fondo, las huertas estaban secas y sin cultivo. Quizá la temporada de barbecho viniera bien, al fin y al cabo. Desde allí podía ver la caseta de aperos, el molino de aceite y la cuadra. Por un momento, tuvo la sensación de que el tiempo no había pasado.

Durante la estancia en Sevilla, temió que la dichosa guerra no finalizara nunca. Rezaba por que la muerte no la fuera a encontrar mientras durase la contienda. En tal caso, no habría sido posible trasladarla al pueblo y, por ende, no podrían enterrarla junto a su marido. Cuando falleció, le aseguró que se reencontrarían en unos años. No fueron unas palabras de autoconsuelo, sino una promesa firme basada en su fe en Dios y en el amor que sentía por aquel hombre. El mismo con el que había compartido toda una vida y que entonces la dejaba sola. Dos años y medio de verdadero calvario, de exilio forzado. Por eso, la semana en la que

empezaron a prepararse para su regreso, notó como si, de repente, hubiese rejuvenecido una década. Ansiaba la vuelta tanto que, cuando se hizo realidad, sintió frente a los campos un terrible vacío. Pareciera que, de tanto esperarlo, el momento había perdido todo el brillo.

La flama jugaba con el horizonte, haciéndolo hervir bajo sus dedos inquietos. De pie, agarrada a los barrotes de una ventana y enfrascada en sus pensamientos, notaba el calor de mayo concentrado sobre su cabeza. Decidió regresar a la hospitalaria sombra que concedía la parra. De nuevo tomó asiento en uno de los poyetes y deslizó la mano por el espaldar. Sentía la rebaba de los azulejos mientras reflexionaba, no sin acierto, que lo difícil para la familia empezaba ahora.

“Y a mis años, Virgen de la morenita... Con lo que yo he pasado. Que perdí a mi chiquillo, que era un santo. Y todas las penurias que vinieron después. Menos mal que estaba mi Chamorro. ¡Qué hombre! ¡Cómo me trataba de bien! Y yo que era muy intransigente con él, muy impaciente con el pobre... Si supieras lo que te echo de menos. Que van para seis años y parece que fue ayer cuando te acostaste como un bendito y te levantaste con menos vida que una piedra... ¡Ay, si estuvieras aquí! ¡Seguro que metías en vereda a tu yerno! Que menudo es... ¡Y anda que si estuviera vivo el padre! ¡Otro gallo le iba a cantar al pollo! Vaya horas anoche...”

Daba pequeños golpes con el bastón, que contemporizaban sus pensamientos. Se le figuró que alguien la llamaba: “¡Abuela!”. Pero no podía estar segura. Si algo había ido perdiendo con el paso de los años era oído. Bueno, eso y la alegría, que entre unos y otros se la estaban quitando. La única a la que salvaba, y según el día, era a Magdalena. Ella sí había salido a su carácter, y no su hija. Por suerte, la muchacha tampoco heredó las malas maneras del padre. Este

era el motivo por el que intentaba encauzarla, cobijarla para ver si se buscaba un hombre bueno, que ya era moza, y dejaba de vivir en esa casa de locos.

ÍNDICE

1	9
2	29
3	51
4	71
5	93
6	111
7	131
8	151
9	179
10	199
11	219
12	233
13	257
14	283
15	313

ACABÓSE DE IMPRIMIR
EL DÍA 31 DE JULIO DE 2025